

**CUENTO N° 287**

**TÍTULO: UN PUMA EN LA CIUDAD**

**SEUDÓNIMO: BARDO**

**AUTOR: RONNIE EDUARDO RAMÍREZ GARCÍA**

## Un puma en la ciudad

**Bardo**

Desde lo alto del cerro, olfateó y trató de ver lo más lejos que pudo. La ciudad allá abajo tenía algo diferente esta vez ¿Qué sería? ¡El silencio! ¡Claro! ¿Por qué tanto silencio? El puma no se explicaba este cambio súbito, inesperado. ¿Es que los humanos habían partido? ¿Dónde estaban ahora? ¿Acaso la ciudad estaba vacía? Eso, sin duda, había que ir a verlo.

El tiempo había estado inclemente los últimos meses, no llovía, el verde de la montaña escaseaba y con ello las liebres, los ratones, los pájaros que constituían su alimento. El estómago se lo pedía, había que encontrar rápido algo para comer. Quizás era la oportunidad, la ciudad se presentaba callada ante él, llena de oportunidades. Y comenzó a descender lentamente, esto no implicaba mayor esfuerzo. Al cabo de unas horas llegó al primer conjunto de casas, la tarde empezaba a caer y faroles altos iluminaban las calles anchas y desiertas. En el camino se había tropezado con una bandada de loros verdes bulliciosos que volaban alto, también unas palomas pasaron sobre él, zorzales y queltehues retozaban por doquier. Esto le abrió aún más el apetito y apuró el tranco. Cada cinco minutos aparecían esquinas con luces parpadeantes de diferentes colores que lo desconcertaba, no se explicaba porque estaban ahí. Las casas que iba dejando atrás disponían de amplios jardines, algunas con piscinas de aguas cristalinas. Saltó un muro y se detuvo a abreviar su sed en una de ellas, pero el gusto del agua le desagradó, no tenía ni la frescura y ni el buen gusto de los arroyos cristalinos que abundaban en la montaña. Volvió a saltar el muro y continuó por esa calle amplia que descendía.

Notaba un cambio en el ambiente, ese humo negro tóxico que envolvía permanentemente la ciudad había desaparecido junto con los humanos, sus automóviles y ruidosos autobuses, aunque los árboles y prados relucían más verdes, bien regados. Abundaban los pájaros que

disfrutaban con algarabía, a lo lejos se escucharon ladridos de perros guardianes. Eso no le gustaba nada. Años atrás había tenido un desagradable encuentro con arrieros y estos no habían tenido mejor idea que animarle los perros en su contra, esa vez los canes corrieron inútilmente tras sus huellas sin llegar a alcanzarlo.

¿Pero qué pasaba en esta ciudad? ¿Acaso era esto normal? Caminaba atento sin embargo pasó de largo y sin advertir, que, al interior de una gran reja de entrada, había un periódico abierto, tirado en el suelo. Su primera página mostraba grandes titulares” La pandemia de Corona Virus llegó a Chile, Comunas de Santiago en aislamiento completo”. El puma era incapaz de leerlo y continuó adelante. Se detuvo frente a un muro blanco desprovisto de esas desagradables púas. Sin dudar, en un segundo, de manera impecable y graciosa dio un salto y se encontró al interior de lo que parecía una mansión grande y solitaria. Siguió avanzando sigiloso pues le pareció escuchar un ligero ruido. Cuál no sería su sorpresa, al encontrarse casi frente a frente con una dama de pelo blanco y gruesos lentes que se mecía dulcemente en su silla de descanso. Ella parecía no haberse dado cuenta de nada y continuaba bebiendo una taza de té humeante junto a una mesa pequeña. Para el puma esta era la primera vez que tenía tan cerca una mujer anciana. Quizás, una abuela de alguna familia humana. Al lado del felino, la bella dama no se percataba de nada nada y este curioso animal continuaba acercándose paso a paso hasta detenerse justo a su costado. La mujer creyó distinguir un bulto erguido a la izquierda de su silla mecedora y sonrió.

- Ah... Toby, de nuevo te escapaste desde la casa del lado. Hoy no tengo nada para ti. Mi hijo vino a verme y ese glotón acabó con todo. Pero a lo mejor te puedo convidar algunas galletitas que todavía me quedan.

Diciendo esto, la anciana extrajo del bolsillo de su vestido un par de galletas, que parecían muy apetitosas. El animal lo percibió de inmediato, animándose a acercarse un poco más. A la anciana siempre le agradaban las visitas que le hacía el enorme labrador color miel de su vecino, manso y cariñoso, la abuelita disfrutaba de la compañía del hermoso perro. El puma tuvo un gesto irreprimible, tal era su hambre que abriendo sus fauces sintió que esas galletas que le caían del cielo. La mujer volvió a sonreír y le acarició la cabeza. Ahí notó que alguna cosa no cuadraba, algo sospechó cuando sintió ya más de cerca el fuerte olor del animal.

- Vaya, vaya, Toby, parece que hace tiempo que tu amo que no te baña. No tienes un buen olor. Apenas lo vea se lo voy a decir.

El puma constató que no había nada más para comer y en agradecimiento lamió la mano de la anciana que soltó una riza al sentir una lengua áspera y tibia que le humedecía su mano.

- ¡Pero Toby, no era necesario! Yo también te quiero.

Sin más, el puma volvió sobre sus pasos, saltó ágil la tapia blanca y pasos más lejos se encontró ahora en una pequeña calle, al lado de la vereda crecían una hermosas flores blancas y azules. Todo parecía tranquilo alrededor, hasta que hasta que de pronto se abrió una puerta, un joven de peinado raro y tenida deportiva salía y se aprontaba a dar su paseo nocturno. Antes de cerrar la puerta, se dio vuelta y palideció bruscamente ¡No lo podía creer! Pasó un segundo en que él y el puma se miraban atentamente, casi a un metro de distancia el uno del otro. Al muchacho se le erizaron todos los pelos, incluso su cómico peinado había cambiado súbitamente de forma y ahora parecía más bien un puercoespín que otra cosa.

Ante la inesperada situación el puma adoptó una actitud defensiva, inclinó su parte delantera, afirmó bien sus patas a la tierra y con un pequeño rugido se dispuso a saltar a la menor provocación. No fue necesario, el muchacho solo atinó a partir corriendo y vaya que para eso sí que era bueno, en abrir y cerrar de ojos el puma lo vio desaparecer en la esquina. Extrañado aún con la actitud del humano joven y viendo la puerta todavía abierta, entró avanzando lentamente. Se trataba de una hermosa casa con jardines de plantas bien cuidadas y abundantes que, en el fondo disponía de un amplio patio donde correteaban algunas gallinas. Ni tonto, ni perezoso y de un simple pase con su garra izquierda agarró una que terminó en sus fauces, la pobre no alcanzó a reaccionar, más bien por su total falta de experiencia en este tipo de lances. Sintió que con esto aplacaba su hambre, contando las galletas de la abuelita, ahora se sentía mucho mejor. Tanto así que lo atrapó una ligera modorra y decidió que era el momento quizás de dormir una pequeña siesta. Un rincón de cardenales y ligustrinas le llamó la atención, detrás de sus tupidas hojas se había formado una especie de nido o lecho ideal para echar un sueño, descansar, ya era hora.

Una sirena y su ulular lo despertó una hora más tarde, era noche y ese ruido no podía ser más molesto. Además, una luz intermitente surgía vigorosa detrás de la muralla. También percibía ruidos de gente que llegaba, carreras, incluso un altoparlante lo que convirtió este lugar en un infierno. El altavoz se hacía cada vez más insistente y eso era realmente muy desagradable. Para el puma todo este barullo era realmente insoportable y simplemente saltó sobre el muro pasando a la casa vecina y después otro y otro, hasta que el ruido se fue alejando lo que finalmente lo tranquilizó. No entendía porque los humanos habían armado tal escándalo. Pero el incidente lo hizo reflexionar y darse cuenta de que este improvisado viaje al país de los humanos empezaba a llegar a su fin. En realidad, contando todas

sus peripecias igual lo había pasado bastante bien. Además de conocer una viejita encantadora, un joven humano de reacciones alocadas se había comido una gallina sumamente sabrosa y bien alimentada y por lo tanto era el momento de volver a sus dominios. Aunque sabía que las cosas estaban difíciles con la sequía, prefería mil veces su tierra, su libertad y la inmensidad de sus dominios donde podía pasear y vivir sin límites. Echaba de menos sus montañas, ahí donde sin lugar a discusión era el que reinaba, un rey feliz. ¡Sí, eso! ¡un rey! quizás hambriento, flaco, pero al cabo, un rey feliz. Miró hacia atrás y luego al oriente, empezó a trotar, como si esas cumbres nevadas lo llamaran, el sol de la mañana alumbraba, se asomaba allá a lo lejos y empezaba a calentarle el lomo.

